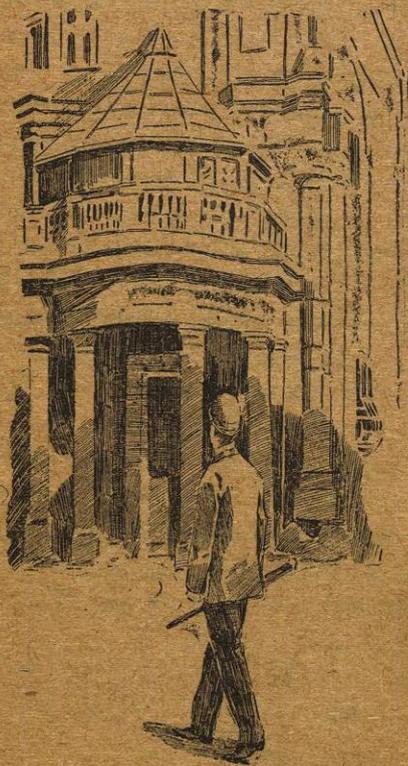


—¿Ha dado usted la llave á alguno, Tonino?

—El señor Conde Gorka ha dicho que Su Excelencia le había suplicado le esperase aquí—respondió el viejo con una timidez cómica por hacer contraste con su bi-



gote gris y su perilla blanca, que hacían de él una caricatura del difunto rey Víctor Manuel.

Había el portero servido al *Galantuomo*, y rendía así un homenaje al veterano de Solferino. Sus grandes

ojos, siempre espantados, se movían con asombro, bajo unas cejas de granadero, á la menor confusión, y repetía:

—Sí; que Su Excelencia le había suplicado esperase—mientras Dorsenne subía la escalera diciendo en voz alta:

—¡De mejor en mejor! Pero esta vez la familiaridad excede de todo límite, y quizás vale más que así sea. —Manteniéndose firme en su cólera, el escritor se preparaba contra el ataque de su flaqueza, que conocía, y que en él dimanaba, no de una voluntad insuficiente, sino de una percepción demasiado viva de los motivos y móviles á los que obedecían las personas con las que él estaba en un conflicto. Al abrir la puerta, iba á sentir una vez más que no hay más fuerte disolvente del rencor que la curiosidad intelectual. La suya despertóse, en efecto, por un sencillo detalle que probaba en qué extrañas condiciones había viajado el polonés. Su neceser, su gabán y sombrero estaban sobre la mesa de la antecámara, aún blancos por el polvo del camino. Evidentemente había ido sin tomar descanso desde Varsovia á la plaza de la Trinidad. ¿Impulsado por qué delirio? No tuvo lugar Dorsenne de preguntárselo, como no tuvo la presencia de espíritu necesaria para adoptar una actitud que cortase de pronto la familiaridad del visitante. Al ruido que había hecho al abrir la puerta de la antesala, Boleslas se precipitó hacia él, haciendo sus dos manos, contemplándole febrilmente, con ojos que no se habían cerrado hacía muchas horas, y balbuceando mientras le arrastraba al saloncillo:

—¡Al fin está usted aquí, Julián; está usted aquí! ¡Ah! Gracias por haber acudido en seguida. Déjeme

usted que le mire, que adquiriera la seguridad de que estoy al lado de un amigo, de alguno en quien creer, con quien hablar, sobre el que apoyarme. ¡Si esta soledad hubiese durado, habría acabado por volverme loco!

Por más que el amante de la señora Steno perteneciese á esa raza de nerviosos excitables que traspasan la expresión de sus más sinceros sentimientos con una inconsciente exageración de la palabra y del gesto, su rostro llevaba la marca de una agitación demasiado profunda para que no emocionase. Esto experimentó Julián, que le había visto partir tres meses antes lleno de una belleza casi luminosa, y le veía volver cambiado completamente por tan corta ausencia. Era siempre Boleslas Gorka, célebre por su hermosura, aquel animal humano tan fino y tan fuerte, en el que se conservaban siglos de aristocracia. Los Condes de Gorka pertenecían á la antigua casa Lodzia, á la que se unen tantas ilustres familias polonesas, los Opalence-Opalenski, los Bnin-Bninski, los Ponin-Poninski y otros muchos. Solamente que sus mejillas estaban delgadas, sobre la larga barba obscura, con tonos afeonados; una inmensa fatiga se leía en sus párpados, como si las vigili-
as le hubiesen marchitado, y en su tez de noble palidez se veían líneas terrosas. El cansancio del viaje acentuaba más la cruel alteración. Y, sin embargo, la elegancia nativa de aquel rostro y de aquel cuerpo daba gracia á aquella lasitud. Boleslas, en la vigorosa madurez de sus treinta y cuatro años, realizaba uno de esos tipos de viril belleza que resisten á las pruebas más rudas. Los excesos de la emoción, como los del libertinaje, parecen dar á estos hombres un nuevo pres-

tigio, y el hecho es que en el decorado intelectual, digámoslo así, de aquel cuarto de escritor, entre aquel montón de libros, de fotografías, de grabados, de cuadros y bronce, aquella aparición de una cara alterada por los sufrimientos de la pasión, revestía una poesía á la que Dorsenne no podía permanecer insensible por completo. La atmósfera impregnada de tabaco ruso y el azulado vapor que flotaba en el cuarto, revelaban el modo con que el amante vendido había engañado su impaciencia, y en medio de la mesa un cenicero italo-griego, con una bacante pintada en rojo sobre fondo negro, del que Julián se mostraba muy orgulloso, mostraba los restos de unos treinta cigarrillos, tan pronto encendidos como tirados. Las boquillas de cartulina habían sibo mascadas con una agitación que se leía en todo el joven. Este repetía con acento que hacía temblar por lo sombrío:

—Sí. Me hubiera vuelto loco.

—Cálmese usted, querido Boleslas, se lo suplico— respondió Dorsenne.

¿Dónde estaba el mal humor que sentía al subir la escalera? ¿Pero, cómo conservarle en presencia de una persona tan evidentemente fuera de sí? Y Julián continuó hablando á su compañero como se habla á un niño enfermo:

—Vamos, siéntese usted. Esté usted tranquilo, ya estoy aquí, y ha hecho bien en contar con mi amistad. Hable usted. Explíqueme lo que pasa. Si necesita un consejo, estoy pronto á dárselo; si un servicio, también. ¡Dios mío! ¡En qué estado le encuentro á usted!

—¿No es verdad?— dijo el otro con una especie de irónico orgullo.

Bastaba que tuviese un espectador de sus penas para que las ostentase con una especie de vanidad, por reales que fueran.

—¿No es verdad—insistió—que se conoce lo que he sufrido? Y esto no es nada—y mostró su rostro con un gesto de desanimación.—Aquí es donde es necesario leer—y se golpeó el pecho.

Después, pasándose la mano por los ojos, como para alejar una pesadilla:

—Tiene usted razón. Es preciso que tenga calma, ó soy perdido.

Y tras un silencio durante el cual pareció recoger sus ideas y tener de nuevo conciencia de su voluntad, pues su voz se hizo más firme y breve, comenzó:

—¿Sabe usted que estoy aquí sin que nadie lo sepa, ni aun mi mujer?

—Lo sé—respondió Dorsenne.—Acabo ahora mismo de separarme de la condesa. He visitado esta mañana el palacio Castagna con ella, Hafner, la señora Maitland y Florent Chaprón.

Y después de una pausa añadió, pensando que lo mejor era no mentir.

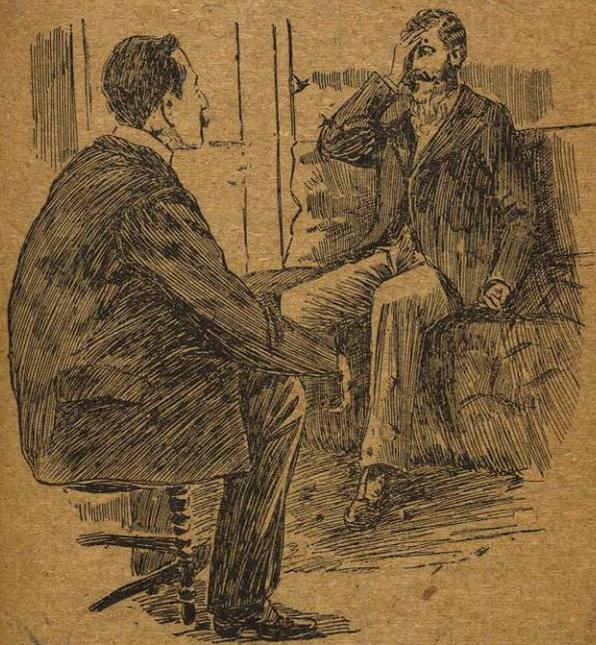
—También han ido la señora Steno y Alba.

—¿Y nadie más?—interrogó Boleslas, mirándole profundamente, que el escritor tuvo que desplegar toda su fuerza para resistir aquella mirada.

—Nadie más—respondió.

Hubo un momento de silencio. Aquella pregunta había hecho comprender á Dorsenne el giro que la conversación iba á tomar. Gorka, echado más bien que sentado en el diván, tenía en su postura el aspecto de una bestia que se dispone á dar un salto. Había llega-

do á casa de Julián presa de esa locura de saber, que es para los celos como la sed en ciertos suplicios. Cuando se haya bebido la gota amarga de la certeza, no se agonizará menos, pero se marcharía hacia ella con los pies desnudos sobre un piso ardiente sin sentir la quemadura. Los motivos que habían decidido á Boleslas



para ir en busca del escritor francés y arrancarle una relación, eran de orden muy diferente, y demostraban que su rostro felino no engañaba acerca de su carácter. Conocía á Dorsenne más de lo que éste se figuraba.

Sabía que era aturdido y nervioso, por una parte, y muy perspicaz por otra. Si había una intriga entre Maitland y la señora Steno, Julián la habría ciertamente penetrado, y al ser atacado de cierta manera, seguramente se haría traición. Por otra parte, aquella naturaleza de violencia, astucia y vanidad, abundaba en complejidades. Boleslas, que admiraba el talento del novelista, experimentaba una especie de indefinible atractivo por mostrarse ante él como un amante frenético y loco. Era de esos seres que se harían retratar en su lecho de muerte por la inocente importancia que dan á su persona, lo que no les impide morir de veras, y en ocasiones con valor. Se hubiera indignado, sin duda, con la mejor buena fe del mundo, si el autor de *Una égloga mundana* le hubiese retratado en su libro pintando sus amores con la Condesa Steno, y, sin embargo, no se había aquel invierno aproximado al escritor, no le había buscado como confidente sino llevado por el vago deseo de impresionarle. Había soñado con sugerirle alguna creación, mientras creía ceder sencillamente, y cediendo, en efecto, á la necesidad de contar, como acontece en ciertas crisis morales. Sí, todo era complejo en Gorka, pues no se contentaba con engañar á su mujer con la profunda hipocresía que suponía el hecho de aquella noble criatura unida por lazos de amistad á la querida de su marido. El pretendía sentir remordimientos por su engaño y no haber cesado nunca de sentir por ella un afecto tan triste como respetuoso; cosa también cierta. Pero preciso era ser Dorsenne para admitir semejantes anomalías, y aquella extraña sensación de ser comprendido en los más inverosímiles extravíos de su corazón, acababa de unir al joven Conde al que era

un seguro confidente, un pintor posible, un cómplice moral. Se trataba ahora de hacer de él lo que era menos fácil: su agente de policía involuntario.



—Vea usted—dijo de pronto—á qué miserables detalles he descendido, yo, que siempre he sentido horror por el espionaje, al que consideraba como un lamentable envilecimiento. Acabo de preguntarle á Ud. sin franqueza, cuando usted es mi amigo, ¡y qué amigo! ¡Ah! En esto se resume mi historia, en estos dos movimientos que he tenido ante usted en el intervalo de diez minutos. He querido emplear la astucia, y después he sentido vergüenza. La pasión me sujeta; no importa que la infamia se presente. Me precipito en ella, y después tengo miedo. ¡Sí, tengo miedo de mí! ¡Pero es que acabo de sufrir tanto! ¿No comprende usted? Pues bien; escúcheme—añadió, envolviendo de nuevo á Dorsenne en una de esas miradas cuya avidez escrutadora no deja pasar un gesto, un movimiento de párpados de aquel á quien se observa,—y dígame usted si ha imaginado jamás para una de sus novelas una situación

parecida á la mía. Recuerde usted los trances mortales por que he pasado este invierno con la presencia de mi cuñado en mi casa, y el peligro continuo de que se convirtiera en mi denunciador cerca de esa pobre Maud por necesidad, por virtud británica, por antipatía. Recuerde usted los meses de angustia que me ha costado mi viaje á Polonia. La confusión de mis negocios y la enfermedad de mi tía, sobrevidos en la época en que estaba libre de Ardrahan, me causaron una funesta impresión..... Siempre he creído en los presentimientos. Tenía uno; sentía la racha negra como en el juego. No me engañaba. Desde la primera carta que recibí..... de quien usted adivina....., comprendí que en Roma pasaba alguna cosa que me amenazaba en lo que tenía de más caro en el mundo, en este amor al que todo lo he sacrificado, hacia el que he marchado pisoteando el más noble de los corazones. ¿Iba Catalina á cesar de amarme? Después de los daños de pasión, ¡y qué años! esto me ha herido las más profundas fibras. Paso por alto la relación de las primeras semanas empleadas en correr de aquí para allá, en hacer visitas á los parientes, en hablar con los juriconsultos, en cuidar á mi vieja enferma, en cumplir mis deberes para con mi hijo, en fin, puesto que la mitad de esta fortuna será para él. Y siempre, siempre esta idea fija: ella no me ha escrito como otras veces; no me ama ya. ¡Ah! ¡Si yo pudiese mostrarle á usted sus cartas de otras veces en que yo me ausenté! Usted que tiene talento, Julián, usted no habrá compuesto jamás otras como aquéllas.

Callóse, como si la parte de su confesión á que se aproximaba le costase un gran esfuerzo. Dorsenne dijo á su vez:

—Un cambio de tono en una correspondencia no es bastante para explicar la fiebre de que le veo á usted dominado.

—No —respondió Gorka.—Pero hubo más. Me quejé, y por la vez primera mi queja no encontró eco. Ameracé con dejar de escribir. Ella no respondió. Escribí pidiendo perdón. Recibí una carta tan fría, que á mi vez escribí una rompiendo nuestras relaciones. Nuevo silencio. ¡Ah! Figúrese usted el terrible efecto que me produjo en tales circunstancias otra carta sin firma que recibí hace quince días. Llegó una mañana. Traía el sello de Roma. No reconocí la letra del sobre. La abrí y vi dos hojas de papel, sobre las que habían pegado palabras impresas cortadas de un periódico francés. Nada de firma, repito. Era un anónimo.

—¿Y le leyó usted?—interrumpió Dorsenne.—¡Qué locura!

—Le leí—respondió el Conde.—Empezaba con frases de una terrible exactitud sobre mi situación. Que nuestra historia sea conocida de otros, no es cosa extraña, puesto que nosotros conocemos la de ellos. Deberíamos, pues, pensar que podemos ser víctimas de la ferocidad de su indiscreción, como ellos lo son de la nuestra. Mas aquella exactitud del principio de la carta, verdaderamente infernal, servía de garantía y prueba para la exactitud del final, que era la historia detallada, minuciosa, implacable de una intriga de la señora Steno durante mi ausencia; ¿y con quién? con el hombre de quien más he desconfiado siempre, el que debió hacer el retrato de Alba por primera vez y yo lo impedí—¡de bastante me ha servido!—con ese bellaco, que se ha casado por el dinero y que se llama artista;

con ese emplastador de colores; con ese americano; con Lincoln Maitland!

Aunque el odio infantil é injusto de los celos, ese odio que nos degrada haciéndonos rebajar el mérito de nuestro rival preferido, envenenase con su ola amarga el corazón de Gorka como había envenenado el fin de sus frases, él no había cesado de vigilar á Dorsenne. Habíase levantado á medias del diván, y, apoyándose en su puños, adelantó la cabeza al pronunciar el nombre de su rival, como para envolver con su mirada al escritor. Por dicha, este último, indignado con lo del anónimo, repetía con un asombro que no permitía adivinar nada á su interlocutor:

—¡Qué infamia! ¡Pero qué infamia!

—Espere usted—respondió Boleslas.—Esto no es más que el principio. Al siguiente día recibía otra carta, escrita y remitida en las mismas condiciones; al otro una tercera. Tengo doce, ¿entiende usted? doce en mi cartera, y todas redactadas con el mismo conocimiento del medio en que vivimos. ¡Ve usted qué suplicio! Al mismo tiempo recibía yo cartas de mi pobre mujer, y todo lo que ella me decía concordaba con lo relatado en los anónimos. Decía uno de éstos: «Hoy han tenido una cita de dos á cuatro». Y Maud me escribía: «No he podido salir hoy, como había convenido con la señora Steno, porque ésta tenía jaqueca». ¿Y lo que se refiere al retrato de Alba? Las cartas anónimas me contaban las peripecias, lo prolongado de las sesiones, mientras mi mujer me escribía: «Hemos ido ayer á ver el retrato de Alba. El pintor ha deshecho lo que había hecho». En fin, me ha sido imposible detenerme. Con abominable precisión, las cartas me han indicado

hasta el sitio de sus citas. He partido. Me he dicho: si anuncio á mi mujer mi llegada, la sabrán ellos y se escapan... Quería sorprenderlos... Quería... ¿Acaso lo sé? Quería no sufrir más tiempo esta agonía de la incertidumbre... He tomado el tren; no me he detenido un momento. He dejado á mi ayuda de cámara ayer en Florencia, y esta mañana he llegado á Roma. Mi plan fué ideado en el camino. Tomaría un cuarto frente al suyo, en la misma calle, tal vez en la misma casa. Les esperaría un día, dos, una semana. ¿Y después...? ¿Lo creerá usted? En el coche que me conducía á esta calle he visto, de repente, claro dentro de mí, y he tenido miedo. Llevaba la mano en la culata de este revólver—y sacó el arma de su bolsillo, arrojándola sobre el diván como si quisiera rechazar una nueva tentación.—Me he visto tan claramente como le veo á usted, matando á esos dos seres, si les sorprendía, como á dos bestias. Al mismo tiempo he visto á mi hijo y á mi mujer. Entré el asesinato y yo había tal vez la distancia que me separaba de aquella calle fatal. He comprendido que era preciso huir... huir en seguida, huir de aquella calle, huir de los culpables si verdaderamente lo son, huir de mí mismo. Su nombre de usted ha atravesado por mi espíritu, y he venido para decirle: Amigo mío, he aquí el estado en que me encuentro. Estoy perdido. Sálveme usted.

—Usted mismo ha en contrado su salvación con su hijo y su mujer—respondió Dorsenne.—Míreles usted primero, y si no le prometo que dejará de sufrir, por lo menos no será usted tentado por esa idea espantosa—y le mostró la pistola, cuyo canón brillaba al rayo del sol que por la ventana entraba. Después, como la verdadera lástima que las palabras de Boleslas le habían producido

no abolía en él al autor, como la emoción no había abolido la finura y la vanidad en el otro, añadió:—Ha debido usted arrojar de sí esa idea, y comprender lo que esos anónimos significaban. ¡Doce cartas en quince días y compuestas por ese procedimiento de cortar las palabras de los periódicos! ¡Y se pretende que nosotros inventamos intrigas en nuestros libros! Si usted quiere, buscaremos juntos al que puede haber cometido esa maldad; ese Judas, Rodin, Yago ó Yaga. Pero no es éste el momento oportuno para perdernos en tales hipótesis. ¿Está usted seguro de su ayuda de cámara? Indudablemente, puesto que le ha traído usted consigo. Le envía usted un telegrama con copia de otro que ha de remitir á la señora Gorka y que expedirá esta misma tarde. En él anuncia usted su llegada para mañana, haciendo alusión á una carta escrita desde Varsovia y que se habrá perdido. Esta tarde toma usted el tren para Florencia, de donde vuelve usted á salir esta misma noche, y mañana por la mañana está usted de nuevo y oficialmente en Roma. Así habrá usted evitado, no la desgracia de convertirse en un asesino, porque usted no habría sorprendido á nadie, estoy seguro, pero una cosa muy grave: despertar las sospechas de la señora Gorka. ¿Está convenido?

Y Dorsenne se levantó para buscar una pluma y papel.

—Veamos: redacte usted en seguida el telegrama, y dé usted gracias á su genio del bien que le ha traído á casa de un amigo, cuyo oficio consiste en imaginar el medio de resolver las situaciones irresolubles.

—Tiene usted razón—dijo Boleslas después de haber cogido la pluma que el otro le tendía.—Eso es la salvación, lo sabio.

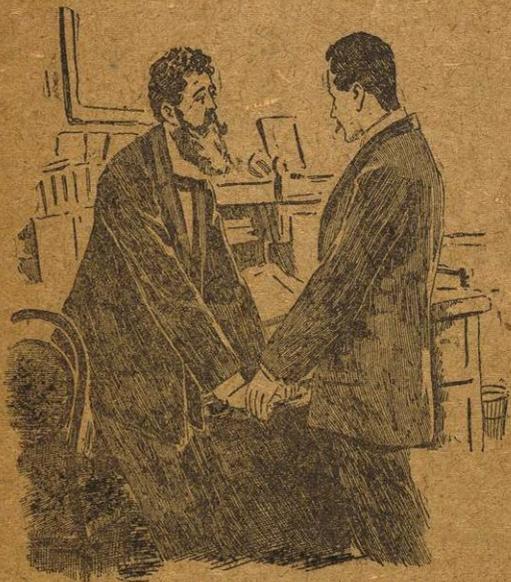
Después, arrojando la pluma como momentos antes había arrojado el revólver, exclamó:

—No puedo... No puedo, mientras tenga esta duda. ¡Ah! ¡es muy terrible! Me habla usted de mi mujer, y á la primera mirada ella leerá en mí como usted lee... No se da usted cuenta de los esfuerzos que he tenido que hacer para no despertar sus sospechas en estos dos años. Yo era feliz, y se engaña bien cuando no se tiene que ocultar más que la dicha. Hoy no estaríamos juntos cinco minutos sin que ella buscara... y encontrara. No... No... No puedo... Otra cosa... Me es preciso otra cosa.

—¡Pero desgraciado!—respondió Julián.—No puedo darle á usted esa otra cosa. No hay opio que consiga adormecer dudas como esas que en usted han despertado los horribles anónimos. No se dan inyecciones de confianza como se dan inyecciones de morfina. Lo que sí sé es que, si no sigue usted mi consejo, no será duda lo que tenga su mujer de usted; será certeza. Quizá ya es demasiado tarde. ¿Quiere usted que le diga una cosa que le he ocultado al verle tan conmovido? Usted no ha empleado mucho tiempo en venir desde la estación aquí, y probablemente no habrá usted sacado dos veces la cabeza fuera del coche. Pues bien. Algún día le ha visto á usted. ¿Quién? Montfánón. El me lo ha dicho esta mañana casi en el umbral del palacio Castagna. Si no hubiese yo comprendido por una frase de su mujer de usted que ignoraba su regreso á Roma, tal vez yo... ¿comprende usted? yo le hubiera denunciado. Juzgue usted ahora de su situación.

Había Dorsenne hablado con una emoción que no era fingida; tan turbado se sentía por la evidencia del peligro que la obstinación de Gorka representaba. Este último, que había empezado á replegarse en sí mismo,

tuvo un resplandor extraño en sus ojos de león. Sin duda el nervamiento de su interlocutor marcaba el instante que él esperaba para dar un golpe decisivo. Levantóse con arranque tan brusco que hizo retroceder al novelista. Le cogió las dos manos como hacía un momento, mas con tal fuerza, que no se le escapó un estremecimiento que el otro tuvo.



—Sí, Julián. Usted tiene ese medio de consolarme... Usted le tiene—dijo con una voz ronca por el exceso de ansiedad.

—¿Cuál?—preguntó el escritor.

—¿Cuál? Usted es un hombre honrado, Dorsenne; usted es un gran artista; usted es mi amigo, un amigo ligado á mí por un lazo sagrado; casi un hermano de armas. Usted es el sobrino de un héroe que ha vertido su sangre

al lado de mi abuelo en Somosierra. Déme usted su palabra de honor de que está absolutamente seguro de que la señora Steno no es la querida de Maitland, que nunca lo ha pensado usted ni lo ha oído decir, y le creeré á usted y le obedeceré. Vamos—continuó, apretando más febrilmente aún las manos del escritor.—Veo que duda usted.

—No,—dijo Julián, separándose.—No dudo... Le compadezco á usted. Aunque yo le diera esta palabra, ¿tendría valor para usted cinco minutos después? ¿No pensaría usted en seguida que yo había mentado para evitar una desgracia?

—Usted duda—interrumpió Boleslas, que repitió estas palabras dos veces aún.

Y con una risa terrible y feroz, añadió:

—¡Era, pues, cierto! Por otra parte, mejor es esto..... Es muy horrible saber, pero se sufre menos. ¡Saber! ¡Como si en todos los rasgos de Alba no estuviese escrito que es la hija de Werekiew! ¡Como si yo no hubiera oído referir veinte veces, antes de conocerla, que había tenido por amantes á Branciforte, á San-Giobbe, á Strabane, y diez más! Antes, durante ó después, ¿qué diferencia hay? ¡Ah! Estaba seguro que llamando á la puerta de su casa de usted, de esta casa del honor, tocaría la verdad como toco este objeto.—Y cogió de la mesa una cabeza de mármol, que sus dedos palparon con frenesí.

—Ya ve usted—añadió—que soporto la verdad como un hombre. Ahora puede usted hablar. ¿Quién sabe? ¿No es el desprecio el gran amputador de las pasiones? Le escucho á usted. No me oculte nada.

—Se engaña usted, Gorka—respondió Dorsenne.—En

lo que he dicho no ha habido la intención que usted cree. Estaba y estoy persuadido de que dentro de un cuarto de hora..... un día, dos..... usted me tomará por un mentiroso ó por un imbécil. Pero puesto que usted interpreta así mi silencio, mi deber es hablar y hablo. Le doy á usted mi palabra de honor que jamás he tenido la idea de una aventura entre la señora Steno y Maitland, ni que sus relaciones me hayan parecido que cambiaban un momento desde que usted se ausentó de Roma. Le doy á usted mi palabra de honor que nadie, ¿comprende usted? nadie ha hablado de esto delante de mí, y ahora haga usted lo que quiera, piense usted como guste. Le he dicho á usted cuanto podía decirle.

El escritor había pronunciado estas palabras con una energía febril, que provenía del terrible esfuerzo que hacía sobre su conciencia. Pero la risa de Gorka le había espantado, tanto más cuanto que en el mismo instante la mano del celoso había, involuntariamente ó no, avanzado hacia el sitio donde estaba el arma. Una nueva visión de una catástrofe próxima, inmediata, inevitable, esta vez se había impuesto á Julián. Su boca habló como su brazo se hubiera tendido, por un irresistible instinto de salvar varias vidas humanas, y había hecho aquel falso juramento, el primero, y sin duda el último de su vida, sin reflexionar más.

No bien le hubo proferido, sintió un tal acceso de íntimo furor, que deseó no ser creído aquella segunda vez. Hubiera sido un consuelo que su terrible visitante le respondiese con una de esas negativas ultrajantes que permiten á un hombre abofetear á otro; tanto furor le producía aquella palabra de honor arrancada en aquellas circunstancias. Vió, al contrario, que el rostro del

amante de la señora Steno se volvía hacia él con una indecible expresión de reconocimiento. Los labios de Boleslas temblaron, juntáronse sus manos y dos gruesas lágrimas brotaron de sus ojos rodando por sus mejillas.

Cuando pudo hablar, dijo:

—¡Ah amigo mío, qué bien me ha hecho usted! ¡De qué pesadilla acaba usted de curarme! ¡Ahora estoy salvado! ¡Le creo á usted, le creo á usted! Usted es íntimo suyo. Usted les ve casi todos los días. Si hubiera algo entre ellos, usted lo sabría. Lo hubiera usted oído contar. ¡Ah! ¡Gracias! Déme usted su mano. Olvide lo que he dicho, esas calumnias que he repetido en un acceso de delirio. Sé que son falsas. Y déjeme usted que le abraze, como le abrazaría, si estando á punto de ahogarme, usted me hubiera sacado del agua. ¡Ah amigo mío, mi único amigo!

Y se lanzó al escritor para apretarle contra su pecho.

Aquél le repitió las palabras del comienzo de su conversación.

—Cálmese usted, se lo suplico; cálmese usted.

Y al mismo tiempo pensaba:

—¡No podía hacer otra cosa, pero es muy duro!

